



gon á Barcelona, y á Murcia el de Castilla, y de allí á Sevilla, en lo más recio de las calores del estío, en el tiempo que en veinte y seis de Julio, en la ciudad de Zaragoza, fué justiciado públicamente Bernardo Cabrera, por sentencia que dió contra él el mismo rey de Aragon, y la ejecutó su hijo el infante D. Juan: confiscaron las villas de Cabrera y Osona y otros muchos pueblos de su señorío: fiad en servicios y privanzas. Caso es éste que si atentamente se considera, se echará de ver que el rey de Aragon cometió un delito feo y atroz, muy semejante á parricidio, en hacer matar el discípulo á su ayo, de quien fuera santísimamente doctrinado, mayormente que era inocente y á todo el mundo eran manifiestos los grandes servicios que tenía hechos á la casa real de Aragon: causóle la muerte la incorrupta libertad con que decia su parecer. Es así que los príncipes huelgan con la disimulacion y lisonja: demás que los reyes cometen muchas veces grandes yerros que á veces redundan en odio de sus privados; esto fué lo que acarreó la muerte á este excelente varon, sin tener otra mayor culpa: conspiraron contra él para llegarle á este trance, la reina, el rey de Navarra, D. Enrique y el conde de Rivagorza.

Después desto se volvió con nueva cólera á echar mano á las armas. El rey de Castilla tomó á Ayora en el reino de Valencia: D. Gutierrez de Toledo, que por muerte de D. Suero era maestro de Calatrava, iba por mandado de su rey á bastecer á Monviedro: acometiéronle en el camino golpe de aragoneses, y en un bravo rencuentro que tuvieron le desbarataron y fué muerto en la pelea con otros muchos de los suyos. Por su muerte dieron el maestrazgo á D. Martín Lopez de Córdoba, repostero mayor del rey. Esta pérdida renovó y dobló la afrenta al rey de Castilla, que á la sazón molestaba mucho las comarcas de Alicante y Orihuela, y tenía harta esperanza de ganar esta ciudad. El aragones, con toda su hueste, confiado y cierto que cada día se reforzaria su ejército con gentes que le acudirían del reino, llegó á poner su campo á vista del enemigo; y como también allí representase la batalla al rey de Castilla, y él por no fiarse de los suyos la rehusase, so-

corrió á Orihuela con gente y bastimentos: con que se volvió á Aragon.

Esto pasaba en el fin deste año. En el principio del siguiente de tres mil seiscientos sesenta y cinco de nuestra salvacion, el rey de Aragon cercó á Monviedro, y le apretó de suerte, que forzó á los castellanos á que se le entregasen á partido; por el contrario, el rey de Castilla, con un largo cerco, ganó también la ciudad de Orihuela. En siete días del mes de Junio deste mismo año murió en Orihuela, la cual el rey D. Pedro tenía cercada, Alonso de Guzman, después que hizo grandes servicios á D. Enrique, cuya parcialidad seguía: murió en la flor de su mocedad; era hombre de grande valor, de agudo ingenio, de maduro y alto consejo. Sucedióle en el señorío de Sanlúcar y en lo demás de su estado Juan de Guzman, su hermano. D. Gomez de Porras, prior de San Juan, sea con miedo que tuvo del rey D. Pedro por rendir, como rindió, á Monviedro, sea por hacer amistad á D. Enrique, se pasó á la parte de Aragon con seiscientos caballos que en aquella ciudad tenía de guarnicion.

Deste principio, aunque pequeño, se comenzaron á enflaquecer, ó por mejor decir, ir muy de caida las fuerzas del rey de Castilla, que así muchas veces acontece que de pequeñas ocasiones (en la guerra mayormente) sucedan desmanes muy grandes. Allegóse también á esto que, como quier que á la sazón hobiese paces entre Francia é Inglaterra, vinieron muchos soldados de Francia en ayuda de Aragon; que como vivían de lo que ganaban en la guerra, les era forzoso, hecha la paz, sustentarse de las haciendas que robaban á los miserables pueblos. Estos mismos ladrones, que andaban por Francia bagabundos y desmandados, tuvieron cercado al mismo papa Urbano, y le forzaron á comprar con mucha suma de dineros su libertad y la de su sacro palacio. La voz era que les daba trescientos mil florines por modo de salario y debajo de nombre de sueldo, capa con que cubrieron la afrenta del papa y aquel sacrilegio. Habiales dado el rey de Francia otra tanta cantidad por echar de su tierra una tan cruel pestilencia como ésta. El Sumo Pontífice, librado deste peligro, pensó pasar su silla á



Italia, dado que por entonces aquel propósito no duró mucho: sentía el castigo de Dios, y temíale mayor de cada día por haber sus antecesores desamparado su sagrada casa. Muerto, pues, el cardenal D. Gil de Albornoz, quiso visitar, y así lo hizo, el patrimonio de la Iglesia que le dejó ganado, y poner en paz y justicia á sus súbditos.

Vino, pues (como decíamos), á España desta gente de Francia una grande avenida de soldados alemanes, ingleses, bretones y navarros, y de otras naciones, por codicia de la ganancia y robo. Llamólos el conde D. Enrique, á quien querían bien desde el tiempo que estuvo en las guerras de Francia. Señalábanse entre ellos muchos caballeros y señores de cuenta, muy valientes soldados y valerosos capitanes: los más principales eran Beltran Claquin, breton, y Hugo Carbolayo, inglés.

La cabeza y caudillo desta gente, Juan de Borbon, que quería venir á vengar la muerte de su hermana doña Blanca, no se sabe por qué causa se quedó en Francia; cierto es que no vino á España: toda esta gente entre los de á caballo y de á pié llegaban como á doce mil hombres de guerra; Frossarte, historiador francés de aquella era, dice que venían en aquel ejército treinta mil soldados. El primero día de Enero del año mil trescientos sesenta y seis llegaron á Barcelona las primeras banderas deste campo; las demás desde á pocos días. El rey de Aragon hizo á todos muy buena acogida, y convidó á un gran banquete á los más principales capitanes. Dióles de contado una gran cantidad de florines, y prometióles otra paga mucho mayor para adelante; á Beltran Claquin dió el estado de Borgia con título de conde, porque con mayor gana le sirviese en esta guerra.

Estos apercebimientos tan grandes despertaron al rey de Castilla, que estaba en Sevilla, aunque no era de suyo nada lardo ni descuidado. Partió á Búrgos, y en Cortes que allí tuvo, pidió al reino ayuda para esta guerra: todo era sin provecho lo que intentaba, por tener enojado á Dios, y las voluntades de los hombres no le eran favorables. Mr. de Labrit era venido de Francia en su ayuda: aconsejábale

que procurase con mucho dinero hacer que los extranjeros se pasasen á él, y desamparasen á su hermano D. Enrique; ofrecía su industria para acabarlo con ellos, porque conocía su condicion, que no era mal aparejada para cosas semejantes, además que tenía entre ellos muchos parientes y amigos que le ayudarian en esto: ciega Dios los ojos del alma á aquellos á quien es servido de castigar; no aciertan en cosa: así estuvieron cerradas las orejas del rey don Pedro, que no oyeron un consejo tan saludable; como era hombre tan fiero no hacia caso del peligro que le corría.

Entretanto en la ciudad de Zaragoza, do estaban los soldados extranjeros, se vieron el rey de Aragon y el conde D. Enrique: en estas vistas, en cinco del mes de Marzo, confirmaron de nuevo la alianza que primero tenían hecha, y se declaró la parte del reino de Castilla que había de dar al de Aragon D. Enrique, caso de que se apoderase de aquel reino; para mayor amistad y firmeza de lo capitulado, se concertó que la infanta doña Leonor, hija del rey de Aragon, casase con D. Juan, hijo del conde don Enrique. Acabadas las vistas, el rey se quedó en Zaragoza para esperar el fin que tendrían cosas tan grandes: el conde D. Enrique, ya que tuvo junto todo el ejército, entró poderosamente en el reino de Castilla por Alfaro. Estaba allí por capitán Inigo Lopez de Horozco: no se quisieron detener en combatir esta villa que era fuerte, por no gastar en ello el tiempo que les era menester para cosas mayores. Sabían muy bien que en las guerras civiles ninguna cosa tanto aprovecha como la presteza: toda tardanza es muy dañosa y empece.

Dejado Alfaro, marchó el ejército con buena orden derecho á Calahorra, ciudad que baña el rio Ebro, y es de las más principales de aquella comarca. Luégo que llegó el conde don Enrique, le abrieron las puertas D. Fernando, obispo de aquella ciudad, y Fernan Sanchez de Tovar, que la tenía por el rey de Castilla. Entró el conde en ella lunes diez y seis días del mes de Marzo: no se sabe si la entregaron por no estar tan bien fortificada y bastecida que se pudiese poner en defensa, ó porque los ciudadanos estuviesen mal con el rey D. Pedro. Aquí





en Calahorra se hizo consejo para determinar cómo se procedería en esta guerra; los pareceres eran diferentes y contrarios: unos decían que era bien ir luego á Búrgos como á cabeza de Castilla, otros fueron de parecer que el conde D. Enrique tomase título de rey para que, perdida del todo la esperanza de reconciliarse con su hermano, con mayor ánimo y constancia se hiciese la guerra, y para meter á todos en la culpa y empeñarlos. Beltran Claquin, como quier que era varón de grande pecho y ánimo, y por la grande experiencia que tenía en las cosas de la guerra, el hombre de más autoridad que venía en el ejército, dicen que habló desta manera:

«Cualquiera que hobiere de dar parecer y consejo en cosas de grande importancia, está obligado á considerar dos cosas principales: la una cuál sea lo más útil y cumplidero al bien comun; la otra si hay fuerzas bastantes para conseguir el fin que se pretende. Como es cosa inhumana y perjudicial anteponer sus intereses particulares al bien público y prócomun, así intentar aquello con que no podemos salir, y á lo que no allegan nuestras fuerzas, no es otra cosa sino una temeridad y locura. Ninguna cosa, señor, te falta, para que no puedas alcanzar el reino de Castilla; todo está bien pertrechado; por tanto, mi voto y parecer es que lo pretendas, ca será utilísimo á todos, á tí muy honroso y á nos de grandísima gloria, si con nuestras fuerzas y debajo de tu pendon, y siguiéndote como á cabeza y capitán, echarémos del mundo un tirano y un terrible monstruo que en figura humana está en la tierra para consumir y acabar las vidas de los hombres. Restituirás á tu patria y al nobilísimo reino de tu padre la libertad que con su muerte perdió, y darásle lugar á que respire de tan innumerables trabajos y cuitas, como desde entónces hasta el día de hoy han padecido. Por ventura, ¿no ves como las casas, campos y pueblos están cubiertos de la miserable sangre de la nobleza y gente de Castilla? ¿No miras tus parientes y hermanos cruelmente muertos? Que ni áun á las mujeres ni niños se ha perdonado: ¿no tienes lástima de tu patria? ¿No sientes sus ma-

les, y te compadeces y avergüenzas de su miserable estado? Tantos destierros, confiscaciones de bienes, perdimientos de estados, robos, muertes; tan grandes avenidas y tempestades de trabajos, ¿quién aunque tuviese el corazón de acero, las podría mirar con ojos que no se deshiciesen en lágrimas? No las has de haber con aquellos antiguos y buenos reyes de Castilla los Fernandos y Alonsos, aquellos que, confiados más en el amor que le tenían sus vasallos que en las armas, alcanzaron de los moros tan señaladas y gloriosas victorias. «Ofrécesete un enemigo, que en ser aborrecido puede competir con el tirano que más mal quisito haya sido en el mundo, desamado de los extraños, insufrible y molestísimo á los suyos: una carga tan pesada, que cuando no hubiera quien la derribára, ella misma se viniera por sí al suelo. Falto y desguarnecido de gente, y si tiene algunos soldados, estarán como su príncipe corrompidos y estragados con los vicios, y que vendrán á la batalla ciegos, flacos y rendidos. Tú tienes un valeroso ejército, en que se halla toda la flor de Francia, Inglaterra, Alemania y Aragon, y lo mejor del propio reino de Castilla, todos soldados viejos muy ejercitados, y que se han hallado en grandes jornadas; tienes muchos reyes amigos, y sobre todo, tu ventura y felicidad y grande benevolencia, con que de todo este ejército eres amado. Deséate toda Castilla, los buenos del reino te esperan, y te quieren favorecer y servir; no habrá ninguno que sabido que te han alzado por rey, no se venga á nuestros reales. Á otros pudiera en algun tiempo ser provechoso el nombre de rey; mas á tí en este trance es necesario del todo para sustentar la autoridad que es menester para que te respeten, y para descubrir las aficiones y voluntades de los hombres. Si como yo lo espero, el cielo nos ayuda, á tí se te apareja una gloria grande; nos quedarémos contentos con la parte de la merced y honra que nos quisieres hacer; si sucediere al reves (lo que de pensar lo tiemblo), no puede avernirte peor de lo que de presente padeces. Todos corremos el mismo riesgo que tú; por tanto, nuestro consejo se debe tener por más fiel y seguro, pues es igual para to-



dos el peligro. No há lugar ni conviene entenerse cuando la tardanza es peor que el arrojarse. Ea, pues; ten buen ánimo, ensancha y engrandece el corazón, y toma á la hora aquel nombre, para el cual te tiene Dios guardado de tantos peligros. Ayúdate con presteza, y haz de tu enemigo lo que él pretende hacer de tí; acábale desta vez, ó si fuere menester, muere valerosamente en la demanda, que la fortuna favorece y teme á los fuertes y esforzados, derriba á los pusilánimes y cobardes.»

Después que Beltran acabó su plática, todos los demas caudillos del ejército rodearon á don Enrique y le animaron á que se llamase rey: trujéronle á la memoria pronósticos en esta razon, aseguráronle que Dios y los hombres le favorecian. Con esto despliegan los pendones, y con mucho regocijo por las calles públicas de la ciudad dicen á voces: «Castilla, Castilla por el rey D. Enrique!» El nuevo rey, según el estado y méritos de cada uno, hizo muchas mercedes: á unos dió ciudades, y á otros villas, castillos, lugares, oficios y gobiernos; holgaba de parecer liberal, y era fácil serlo de hacienda ajena. Cada uno pensaba que cuanto pidiese tanto se hallaría, que todo le sería concedido: á Beltran Claquin dió á Trastámara y á Hugo Carbolayo á Carrion; al uno y al otro con título de condes; á los hermanos del nuevo rey, á D. Tello restituyó el Estado de Vizcaya, á don Sancho dió el de Alburquerque; el maestrazgo de Santiago se dió á D. Gonzalo Mejía, y á don Pedro Muñiz, que también él era muy querido de D. Enrique, dieron el maestrazgo de Calatrava; á D. Alonso de Aragon, conde de Denia y Rivagorza, que era tío hermano del padre del rey de Aragon, le hizo merced de Villena, con título de marqués, y con todo el señorío que fué de D. Juan Manuel; á otros dió villas y castillos, con que los contentó de presente, y los heredó en el reino para adelante.

Con los dos reyes que se intitulan de Castilla el reino andaba alborotado. El rey D. Pedro, por su mucha crueldad, tenía poca parte en las voluntades de sus pueblos, todos deseosos de poder rebelar y vengar la sangre de sus parientes: ninguna cosa los tenía, sino el miedo que si les fuese contraria la fortuna, serian

sin misericordia castigados. Los dos reyes, con grande porfía y ahinco comenzaron la contienda sobre el reino; cada cual tenía por sí grandes ayudas y valedores. De parte de D. Enrique estaba el ejército extranjero, el odio de su competidor y el ser los hombres naturalmente aficionados á cosas nuevas. Á D. Pedro ayudaba que casi ántes fué rey que hobiese nacido, que era hijo de rey y descendía de otros muchos reyes, y que él solo quedaba por heredero legítimo de todos ellos: en ambos el nombre y majestad real era respetado y venerable. Punzaba á D. Pedro la ofensa que se le hacia; á D. Enrique le encendía en cólera y animaba á la venganza la sangre que de su madre y hermanos, amigos y parientes derramaron, y los grandes trabajos que el reino padecía; finalmente, mayor cuidado tenía de sustentar el nuevo nombre de rey que su propia vida.

Con esta resolución, D. Enrique y los suyos se determinaron ir luego á Búrgos: en el camino pasaron cerca de Logroño, mas no quisieron llegar á él, porque entendieron que los ciudadanos no harían nada de su voluntad, y que si les cercaban, sería cosa muy larga; Navarrete y Briviesca se dieron luego. Miétras esto así pasaba, D. Pedro se hallaba en Búrgos con pocos amigos, ca muchos dellos él mismo los hizo matar: suspenso y dudoso de lo que haría, no se atrevía á fiarse de nadie, ni tomar resolución si se iría, si esperaría á su enemigo. Resolvióse finalmente en ir con grande presteza á Sevilla, porque tenía en aquella ciudad sus hijos y tesoros, y temía perderlo todo. No se atrevió arriesgarse, por saber cuán pocos eran los que le querían bien. Los de Búrgos todavía le ofrecieron su ayuda: él se lo agradeció, y dijo que entónces no se quería valer de su buen ofrecimiento y lealtad, ántes les alzó el homenaje que le tenían hecho, para que, si se viesen en aprieto, pudiesen entregarse á D. Enrique, sin incurrir infamia ni caso de traición. Cególe Dios para que no aceptase el favor que le hacían, mayormente que, como toda su perdición le viniese por su crueldad, acrecentó de nuevo el odio que le tenían, con que al tiempo que se quería partir, hizo matar á Juan Fernandez de Tovar, no por otra culpa sino porque





su hermano acogió en Calahorra á D. Enrique.

Esto hecho, se partió de Búrgos en veinte y ocho días del mes de Marzo: dende el camino mandó á los capitanes y alcaides de las villas y castillos que tomara en Aragon, les pegasen fuego, y desamparados, sacasen luégo las guarniciones, y que lo más presto que pudiesen, se fuesen para él á Toledo. Desta suerte, en un instante perdió lo que con gran costa y trabajo en muchos años tenía ganado: uno destes pueblos fué la ciudad de Calatayud; la libertad qué cobró en el postrero de Marzo hasta hoy, la celebra con fiesta solemne y procesion, en que van fuera de la ciudad á Santa María de la Peña, á cumplir el voto que entónces hicieron en memoria de la merced recibida. Llegó el rey D. Pedro á Toledo: allí se detuvo algunos dias en asegurar aquella ciudad y dejalla á buen recaudo; mandó quedar en ella por general á D. Garcí Álvarez de Toledo, maestre de Santiago.

Partido el rey D. Pedro de Búrgos, los de la ciudad enviaron por sus cartas á llamar á don Enrique. Diéronle título de conde, pero ofrecianle la corona de rey si la fuese á tomar en su ciudad, pues por su antigüedad y nobleza se le debía que en ella y no en otra diese principio á su reinado: aceptó su oferta, y luégo se partió para aquella ciudad, en que le recibieron con grandes aclamaciones y regocijos: en el monasterio de las Huelgas fué coronado y recibido por rey de Castilla. Con el ejemplo de Búrgos las más ciudades y fortalezas del reino de su propia voluntad, en espacio de veinticinco dias despues de su coronacion, le vinieron á dar la obediencia. Con esto no quedó nada inferior á su contrario, ni en fuézas ni en vasallos: los grandes y los pueblos todos á porfía deseaban con apresurarse ganar la gracia del nuevo rey.

Asentadas las cosas de Castilla y Leon, se fué D. Enrique á Toledo; allí, sin ninguna dificultad, ántes con mucho regocijo, le abrieron las puertas. Renunció el maestre de Santiago, D. Garcí Álvarez de Toledo: dióle el rey don Enrique en recompensa del maestrazgo y de que se pasó á su servicio, lo de Oropesa y de Valdecorneja; con que D. Gonzalo Megía que-

dó sin contradiccion por maestre de Santiago. Por muerte de D. Garcí Álvarez, lo de Oropesa quedó á su hijo Fernan Dálvarez de Toledo, que en su mujer doña Elvira de Ayala tuvo á Garcí Álvarez de Toledo, señor de Oropesa, y á Diego Lopez de Ayala, cabeza de los Ayalas de Talavera, señores de Cebolla. Lo de Valdecorneja quedó á otro Fernan Dálvarez de Toledo, hermano ó sobrino del maestre, y dél vienen los duques de Alba: llámáanse Valdecorneja el Barrio, Dávila, Piedrahita, Horcajada y Almirón.

Apoderado D. Enrique de tan principal ciudad como Toledo, todo lo demas del reino quedó llano, de manera que D. Pedro no se atrevió más á estar en el reino, ántes perdida del todo la esperanza, se determinó de ponerse en salvó en una galera, en que embarcó sus hijos y tesoros, con que se fué á Portugal. Al que Dios comenzaba á desamparar, parecia que le faltaba el consejo y tambien el favor de los hombres: el rey de Portugal no le quiso tener en su reino, ántes le envió á decir que no cabian dos reyes en una provincia; D. Fernando, hijo del rey de Portugal, estaba inclinado á don Enrique: favoreciale, y enviábanse muchos recados el uno al otro, y estaba mal con el rey don Pedro. Verdad es que en Portugal no se le hizo ningun desaguisado por no violar el derecho de las gentes, ántes se le dió paso seguro para Galicia, para dó se encaminaba con intento de juntar en aquellos pueblos alguna flota en que pasarse á Bayona de Francia: llegado á Compostella, hizo matar á D. Suarez, arzobispo de Santiago, y al dean de aquella Iglesia, que se decia Perálvarez, ambos naturales de Toledo: no amansaban tantos peligros el cruel ánimo del rey, y él mismo sin necesidad aumentaba las causas de su destruición. Ordenó su partida á Francia: parecióle que le era muy peligroso ir por tierra, así allegó de aquella costa una armada de veintidos navíos y algunos otros baxeles menores. Embarcóse en ella con D. Juan su hijo y otras dos hijas, que doña Beatriz la mayor era muerta, aunque Polidoro escribe que falleció en Bayona de Francia. Con buen viento llegaron á Bayona en la Guiena, que á la sazón se tenía por los ingleses: llevó consigo una buena parte de sus te-



soros; verdad es que la mayor cantidad dellos, que enviaba en una galera con su tesorero Martínez Yañez, se la tomaron los ciudadanos de Sevilla con deseo de hacer algun notable servicio á D. Enrique, al cual todo se le allanaba. Córdoba se le habia entregado, y por horas le esperaban en Sevilla. Desta manera entendió D. Pedro por su mal que las cosas humanas no permanecen siempre en un sér, y que muchas veces muy grandes príncipes, por más dichosos y más poderosos que fuesen, aunque estuviesen rodeados de grandes exércitos, fueron destruidos por ser mal quistos del pueblo, y llevaron el pago que sus obras merecian.

El nuevo rey D. Enrique, despues de llegado á Sevilla asentó paces con los reyes de Portugal y de Granada. Hecho esto, del exército de los extranjeros escogió mil y quinientas lanzas y por sus capitanes Beltran Claquin y D. Bernal, hijo del conde de Fox, señor de Barne; con tanto como si todo lo al quedara llano, despidió los demas soldados. De Aragon le enviaron á su mujer y á su nuera la infanta doña Leonor, en cuya compañía vinieron D. Lope Fernandez de Luna, arzobispo de Zaragoza, y otros señores principales. Era necesario asentar el gobierno del reino, y poner buen recaudo en las rentas reales, proveer de dineros, porque el tesoro real le halló muy consumido con la guerra pasada: no se ponía duda sino que de Francia baxaria otra tempestad de guerra, y que D. Pedro, por ser de corazon tan ardiente, no sosegaria hasta hasta que dexase juntamente el reino y la vida. Por tanto se hicieron en Búrgos córtés generales de todo el reino, y en ellas el infante D. Juan, hijo de D. Enrique, fué jurado por sucesor y heredero del reino, para despues de los dias de su padre. En estas córtés asimismo se concedió la décima parte de las cosas que se vendiesen, sin limitar al tiempo desta concesion: la gana de que se administrase bien la guerra, y el aborrecimiento que tenían á D. Pedro, les hizo en parte que no advirtiesen por entónces cuán grave carga habia de ser este tributo en los tiempos venideros; la ciega codicia de venganza, y el dolor y peligro presente fácilmente turba y desbara-

ta la corta providencia de los entendimientos de los hombres.

Hizo D. Enrique merced á la ciudad de Búrgos de la villa de Miranda de Ebro por los servicios que le hicieron en su coronacion, y en recompensa de la villa de Briviesca, que era de Búrgos, y la diera á Pedro Fernandez de Velasco, su camarero mayor; y porque la villa de Miranda era de la Iglesia de Búrgos, le dió en pago sesenta mil maravedis de juro cada un año, situados en los diezmos del mar, para que se gastasen en las distribuciones ordinarias de las horas nocturnas y diurnas, y se repartiesen entre los prebendados que asistiesen á los divinos oficios en la dicha Iglesia mayor, que ántes desto no tenían estas distribuciones. Era á la sazón obispo de Búrgos D. Domingo, único deste nombre, cuya eleccion fué memorable: por muerte de su antecesor D. Fernando, los votos del cabildo se dividieron sin poderse concordar en dos bandos: conviniéronse en que aquél fuese de comun consentimiento de todos electo por obispo, á quien nombrase el canónigo Domingo, como árbitro que le hacian desta eleccion, ca le tenían por hombre santo y de buena conciencia. Él, aceptado que hobo la accion que le daban, sin hacer caso de ninguno de los competidores, dixo por sí aquella sentencia que despues se mudó en refran: «Obispo por obispo, séase lo Domingo.» Holgaron todos los canónigos que se hobiese nombrado, y recibieronle por su prelado: diéronle las insignias episcopales, é hicieronle consagrar.

En estos dias el arzobispo D. Lope de Luna vino otra vez á Castilla, enviado por el rey de Aragon con embaxada á D. Enrique para pedille cumpliese con él lo que tenía capitulado, y acusalle los juramentos que le tenía hechos y las pleitesias, en particular queria le pagase mucha suma de moneda que le prestára. El rey don Enrique le respondió que él confesaba la deuda, y ser así todo lo que el rey decia; todavía que aún no estaban sosegadas las cosas del reino; y que si no era con grande riesgo de alguna gran revuelta y escándalo, no podia tan presto enagenar de la corona real tantas villas y ciudades como le prometió: que pasado este peligro, él estaba presto para cumplir lo